

EL ECO LITERARIO.

LEGISLACION.

DE LA MAGISTRATURA.

ARTICULO 1.º

LA justicia humana, al mismo tiempo que un deber moral, es un derecho y una necesidad social. ¿Qué sería de las naciones sin ese dique, que poniendo coto á la mala fé y deteniendo al crimen en su marcha, evita el engaño y pára el impetuoso torrente de las pasiones cuando estaba á punto de desbordarse? Los pueblos, sin la justicia humana, caminarian por entre montones de infamias, digámoslo así, á sepultarse en la oscuridad del vicio, á precipitarse en el abismo de la perdicion.

Pero si grande, si sublime es la mision protectora de la justicia; si esta puede considerarse como la égida bajo cuyo amparo la raza humana corre sin cesar hácia su perfeccion, por desgracia su egercicio no está exento de inconvenientes. Cuando la examinamos en la region de las teorías, cuando la contemplamos en el mundo de las ideas, la vemos á una altura á donde no alcanza el rudo embate de nuestras miserias, y despidiendo destellos de luz que esparcen sobre la tierra su preciosa claridad; mas cuando descendemos á la práctica, cuando la observamos en los hechos pierde parte de su hermosura, y tintas negras oscurecen en no pocas ocasiones su brillantez. ¿Y cómo ser de otra manera? Todo lo que se concibe verdaderamente grande, bello y elevado, lo toca el dedo del hombre, y lo achica y lo afea y lo rebaja.

Para que los hombres pudieran administrar cumplidamente justicia; para que llenáran esta mision sagrada de una manera tal que nunca tocáramos sus defectos, menester sería que en su pecho no pudieran tener cabida la flaqueza, la indignacion, ninguno de esos sentimientos que al oír el relato de un suceso, y mas si nos es el autor conocido, se dispiertan en el corazon y nos impelen á la indulgencia ó al rencor; menester sería que nuestra razon no fuese tan limitada, nuestra inteligencia tan reducida; menester sería, por decirlo de una vez, que los que tienen á su cargo en la tierra el sacerdocio de la justicia perteneciesen á un órden superior, y pudiesen desde lo alto mirarnos tales cuales somos, con nuestras preocupaciones, con nuestro egoismo, con nuestra perversidad, estando ellos libres de esos defectos, y sin que pudiera llegar el aire mundanal á contagiarles; que fueran mas que hombres, que fuesen ángeles.

Los pobres humanos aun con la mayor buena voluntad, aun cuando

firmeramente quieran que no se tuerza la justicia ¿podrán siempre conseguirlo? Cuando llega á nuestra noticia haberse cometido un crimen atroz, inmediatamente se apodera de todo nuestro sér una especie de horror hácia el delincuente, del que por legítimo que nos parezca debemos estar desposeídos al juzgarle; pero en vano lo intentamos, quizá lleguemos á creer que lo hemos dominado, que lo hemos apartado lejos de nosotros; y sin embargo, sin apercibirnos de ello, el fiel de la balanza de Astréa no se encuentra en su lugar, y la mas leve sospecha nos parece convicción fundada, y la convicción fundada nos parece prueba incontrastable.

Mas como sea que á pesar de sus imperfecciones, de lo caduco de sus juicios, los hombres han por necesidad de hacer la aplicacion de la justicia, preciso es que inquiramos cuales circunstancias deben adornar á los jueces á fin de que sean menores los defectos, que aunque siempre de trascendencia, son no obstante una necesidad de nuestra pígemea naturaleza.

No todas las criaturas que componen ese gran cuerpo que se llama humanidad, aunque animados por el aliento del mismo Dios; no todas, repetimos, se hallan dotadas de igual penetracion, de idéntica suspicacia ni de tan feliz memoria. Esto no necesita demostrarse, nos lo enseña la experiencia. Y por eso, y porque tan delicado es el encargo que están llamados á cumplir los juzgadores, es preciso que éstos, para que de la accion de los tribunales surjan los felices resultados que la sociedad y cada uno de sus miembros tienen derecho á reclamar, se estraigan, se escojan entre los que por su saber ofrezcan mas garantías de acierto.

Y como la apreciacion exacta de los hechos y la aplicacion imparcial del derecho constituya la mas principal, por no decir la esclusiva ciencia de los que ocupan el alto puesto de ministros de la justicia, seria de desear que los que se nombráran para desempeñar tan importante cargo, fuesen de claro ingenio para valuar debidamente las imprevistas y variadas particularidades que concurren en los asuntos cuya decision les está encomendada, no menos que para hacer la aplicacion oportuna del derecho; personas cuya vista tuviese perspicacia tanta, que alcanzasen á penetrar hasta el fondo de los hombres y ver lo que pretenden ocultar entre los pliegues de su corazon, y al mismo tiempo que hubieran consumido dias y mas dias, años y mas años en el estudio y meditacion filosófica de las leyes, para atajar el paso al que intente infringirlas ó tergiversarlas, y á fin de hacer sentir el peso de su fallo al que las hubiere violado.

Y ni aun así se habrán salvado todos los obstáculos que presenta nuestra pobreza, porque, por ilustrados que sean los jueces, no siempre esa ilustracion les precave del error, no siempre sus esfuerzos son bastante potentes para arrancar la venda que ofusca la ya miope inteligencia humana. Así es que ningun medio por insignificante, por despreciable que parezca, creemos debiera desecharse para venir en conocimiento de la verdad, nada debiera omitirse á fin de medir fiel y escrupulosamente la gravedad de los hechos y el grado de inmoralidad de los agentes. ¿Por qué al hombre que mira sobre su cabeza una cuchilla destilando sangre, y que solamente está pendiente de un hilo delgado; por qué, volvemos á decir, si se cree con brios para huir el cuerpo y evitar el golpe, ha de tenérsele sujeto? ¿Por qué no se le ha de conceder, si quier sea el mayor criminal, el triste consuelo de ensayar sus fuerzas? ¿Por qué no se ha de permitir, si-

quiera parezcan inconducentes las palabras, que sea tan libre, tan ámplia la discusion cual las personas que intervienen en los juicios ó sus defensores lo crean conveniente? De hechos á veces que se nos ofrecen á primera vista de nula valia, surten cuestiones cuya dilucidacion puede influir mucho en el ánimo de los jueces al dictar las sentencias.

No basta tampoco que se reunan los conocimientos humanamente posibles para administrar justicia; es indispensable que se tenga firme y decidida voluntad. El magistrado íntegro, digno de tal nombre, debe mostrarse igualmente impasible, ora se le quiera vencer con la lisonja, ora se le trate de obligar con la amenaza; ni los elogios ni las dádivas deben ganarle, ni los puñales intimidarle. Una notabilidad del pasado siglo, hablando de las obligaciones del magistrado dijo: que si un juez alcanzase á divisar la justicia al través de un suplicio espantoso, sin vacilar deberia correr á abrazarla, aun cuando en el camino hubiera de perder la cabeza. Y cierto que habló con harta razon. El que no se crea con entereza bastante para resistir las asechanzas que de continuo se ponen á la integridad del magistrado; el que una vez sola, al sentarse en el tribunal, sienta agitarse su pecho por el miedo ó por el rencor, despójese de la toga que mancha, y huya del lugar santo que su presencia profana. = *Pedro Isidro Miquel.*

COSTUMBRES.

RETRATO EN MINIATURA DEL PRIMER ESTUDIANTE DE UNA FAMILIA DE LUGAR.

El gran secreto del siglo consiste en vivir de manera, que sin grandes esfuerzos, sin ese improbo trabajo mental que marchita la vida del hombre, se toquen placeres positivos, dias felices y sobre todo un bienestar próspero y tranquilo. El hombre que descifra este enigma, y lo explota en provecho suyo, es la criatura mas envidiable de la tierra. ¿Qué mas puede desear si todo le sale á medida de sus deseos? ¿si al pasar por cerca de tantos y tantos como gimen en la miseria y horfandad, echa una mirada sobre si mismo, y compara su situacion presente con la de aquellos infelices, que llevan impreso en su semblante con caracteres indelebles el sello de su mala fortuna? Sin embargo, un egemplo tan vivo y palpitante, no es bastante en ciertas ocasiones para que fije su consideracion y eleve el espíritu á la region del pensamiento; porque la fuerza de la costumbre le coloca una venda en los ojos que le impide ver cuanto hay de triste y pesadoso en la existencia del individuo. No es decir con esto que su corazon no sienta las desgracias ajenas; las comprende, es cierto, pero no con la intensidad que proporciona el escarmiento de la propia esperiencia.

¿Pero es esto posible? preguntará acaso el lector, para obtener tal cúmulo de ventura, ó es preciso ser un potentado, ó cuando no tener un tío en Indias, cosas ambas á dos no muy fáciles en estos tiempos. Nada, pues, respondemos, se necesita para ello; se necesita lo único ser el primer estudiante de la familia; es decir de una familia que cuente con algu-

nos bienes de fortuna. Porque el primer estudiante de la familia es una sanguijuela, que chupa siempre en un manantial inagotable, cual es el bolsillo de un padre que vé en su hijo un sábio naturalista, médico ó abogado, que dará lustre y esplendor á su familia, honra á su patria, y sobre todo riquezas inmensas que le reintegrarán los cuantiosos desembolsos hechos durante los penosos y largos estudios de su hijo. Ilusiones tales no se borran con tanta facilidad de la imaginacion de un padre.

El primer estudiante de la familia le llamaremos Juanito, el nombre es accidental: cuando llega la época de emprender los estudios universitarios, sale cargado de su casa para ir á la capital con mas provisiones y cartas de recomendacion, que un inglés para emprender un viage por tierras desconocidas; si es que el padre no le acompaña con el objeto de tocar cuantos resortes estén á su alcance, á fin de que los catedráticos no pongan al chico en un trote en los exámenes. La primera diligencia cuando llega á la capital es buscarle buena casa, y dejar pagado el pupilage por tres ó cuatro meses. Con esto logra que al recién llegado no le engañen.

Tan pronto como el mozo campa por su respeto, vive por su cuenta. En los primeros dias todo es tristeza, melancolia, llanto; el chico no sale de casa, pero es porque no conoce á nadie, ó no son de su agrado las personas que visita, hay mucha etiqueta, como dice, aunque cenén á las oraciones y se acuesten á las nueve; pero esto dura poco: en la universidad traba amistad con uno de los muchos que sin ser licenciados *in utroque*, pueden ser maestros de enseñanza. Esta adquisicion, este primer conocimiento le vale un consejo y un desengaño, que regula sus acciones para lo sucesivo. Le aconseja que ande sobre aviso con la patrona que no es de muy buen talante; y Juanito toca el primer desengaño: cae entonces en la cuenta de que en menos de un mes ha consumido algunas abundantes sartas de embutidos que le envió su padre, con mas dos cestas de pastelitos, tortas y frutas secas que la madre le regalaba para merendar.

—Tú eres novel, le dice su Mecenas, y es menester mucho chirúmen para tratar con esta gente. La mejor quiere recobrar de los incautos como tú, lo que ha perdido con los discretos como yo. Ella te sacará hasta el último monis, si allojas la mosca. Ojo alerta y aprender, anda delante siempre, mira que es gran verdad que un *acreedor es forzosamente un protector*. Escribe á tu padre que el dinero es el único elemento.

Esta primera leccion de mundo le abre los ojos al mozalvete. Disputa con la patrona, y si le contesta que el amigo aquel le pierde y se lo escribirá á su padre, como es caso previsto le replica que lo intente, y él tambien participará como por el arte de birli-birloque le ha puesto en cuenta, y le ha alimentado con las provisiones que su padre le envió. La patrona bufa, rabia y pateas; pero se hace la cuenta que peor es meneallo.

Ya tenemos, pues, á nuestro héroe triunfante en su primera victoria; ya empieza á conocer el mundo. El sábio y utilísimo consejo de su maestro ha producido ventajosos resultados. Mientras tanto toma aficion á salir de noche, visita el teatro, traba amistad con algunos de sus cólegas, y les acompaña en sus expediciones nocturnas. El bolsillo es el primero que siente estas nuevas necesidades. Para ello contrae un empréstito; suda y discurre como lo pagará, y recurre segunda vez á su mentor.

Los exámenes se acercan, le dice, la estacion se adelanta, le faltan libros, suma y prosigue la cuenta: un recipe al padre y adelante. Este golpe

teatral produce un efecto maravilloso. No bien recibe el padre la misiva, cuando por el inmediato correo tiene el dómine una letra en su poder que cubre el déficit de su presupuesto, amen de cierto piquito sobrante para hacerse ropa y emprender el viage.

Al padre entretanto todo se le vuelve andar por el pueblo anunciando el regreso de su hijo. Llega el ansiado momento, ¡oh placer! ¡oh felicidad sin igual! El chico se vuelve sano y salvo despues de sus penosos estudios.

Las felicitaciones le llueven en los primeros dias. El cura, el alcalde, el médico y el barbero, amen del tio Lucas, el tio Marcelo, todos los del pueblo en fin, ven en el recién llegado al digno hijo del D. Policarpo, á quien le están reservados los mas inmarcitables laureles. Y no falta quien en un raptó de entusiasmo, le ofrece sus votos para nombrarle diputado en la primera eleccion.

El mozo que creia encontrar á su padre con rostro huraño, y lo contempla tan risueño y cariñoso, dice para sí: pues que de esta sali bien, en lo sucesivo ya me las compondré mejor.

En los primeros dias de estancia y cuando vuelve visitas, la primera diligencia es salir con el nuevo traje que ha llevado de la capital, medio sério, medio charanguero. Las muchachas le miran; y si por ventura hay alguna entre ellas que no le es indiferente, se pone al hablarle mas honrada y hueca, que un presumido cuando le llaman bonito.

Así las cosas, se acerca el año escolar, y otra vez vuelve á abandonar los lares pátrios.

Recibe el abrazo paternal, y su madre, sin que nadie lo sepa, le mete en los bolsillos algunas monedas para el camino.

La esperiencia adquirida en la capital durante el año anterior le ha abierto los ojos. Por eso en las posadas es rumboso y atrevido con las maritornes, y á cuenta de algunos pellizcos y otras burlas inocentes, cuando no está la posadera, les dá para alfileres, que bien pueden comprar de plata.

Llega á la capital, y provisionalmente se vá á casa de su antigua patrona, la cual al verle le prepara el mejor aposento de la casa para tenerle contento.

Al dia siguiente ó al inmediato se alista. Pasa por casa del sastre, y despues de satisfacer cierta cuentecilla atrasada, le manda hacer un traje completo. Con esto y otras prendas necesarias que constituyen el *neglige* de casa y el de aula, queda nuestro hombre perfectamente equipado.

En los primeros dias es parroquiano del teatro; pero parroquiano rumboso que toma luneta, asiste al café y convida á los amigos del año anterior.

Total de gastos durante el primer mes, queda sin una blanca.

Sin embargo, esto no le apura: tiene este año letra abierta en casa del tio Braulio Perez, lonjista muy acreditado, (ahora D. Braulio, porque fue concejal y alcalde y paga mil reales de contribucion directa,) y tan pronto como se presente, le hará la intimacion.

Al anunciarse en su casa, acepta el ofrecimiento de D. Braulio, y tras esta y otras nuevas visitas, consigue enemistarse con su amigo, que no puede soportar, dice, carga tan insufrible.

Juanito es el hombre feliz. No asiste á la clase, porque se ha hecho

poco madrugador; pero en cambio no hay garito que no frecuente. Esto le vale cierta reputacion. Bebe ron, fuma puro, viste charanguero, persigue muchachas, y sus compañeros le llaman calavera. Y como es preciso que el hombre sostenga la reputacion que le conceden sus semejantes, Juanito no perdona medio ni fatiga para conservarse en el pináculo de sus glorias.

Avisado entretanto el padre de las locuras de su hijo se pone en camino: llega á la capital, y *hospiti in salutato* se encara con él.

Movimiento general de asombro para ambos; pero dura poco, porque el padre le apostrofa, y en el calor de la improvisacion, le llama mal hijo, perdulario, y....

Juanito calla, pero á semejanza de un animal ponzoñoso, espera un descuido de su contrario para acastarle un golpe mortal.

A fuerza de escuchar se le humedecen los ojos, le saltan dos lagrimones.... Su padre contempla cercano el momento de un arrepentimiento profundo.... Redobra su furia como un atleta, al ver que su contrario desmaya, pero su hijo solloza.... y al ir á precipitarse en sus brazos, le recibe éste en los suyos, formando un duo de sollozos y suspiros, capáz de ablandar un corazon de roble.

Segundo golpe teatral de efecto maravilloso.

Un cambio notable se efectúa en los primeros dias de estancia de nuestro hombre en la capital. Juanito asiste á la clase con la mayor puntualidad. Esta exactitud verdaderamente militar, decide al padre por fin á observar distinta conducta con el mejor de los hijos, como dice. Capitula, y ambos á dos se ocupan sin levantar mano de poner en claro el capítulo de deudas.

A cada nueva partida D. Policarpo siente un dolor como si le arrancáran una muela, y en el colmo de su amargura esclama: —¡Todavía mas! ¡tambien á tus amigos!

Pero ha prometido no desazonarse, y es fuerza cumplirlo. Sin embargo, así como un paciente sufre con resignacion heroica la amputacion de un miembro, y agobiado por la intensidad del dolor, exhala un ¡ay! en el momento que el cirujano ata la última venda, así el sufrimiento de este buen padre llega al último grado cuando Juanito dice que toda su mejor ropa la tiene empeñada en casa de otro de los muchos que tienen á su cargo sembrar el llanto y la desolacion en las familias: personajes de sospechoso vivir, polilla, mengua y baldon de una sociedad bien organizada, que á semejanza del cocodrilo, lloran cuando han sacrificado á su víctima.

Don Policarpo es en esta ocasion la verdadera efígie de uno de esos señores que al demandarles cuentas á su administrador porque han conocido sus rapiñas, salen alcanzados en fuertes sumas.

Don Policarpo celebra la última entrevista con su querido amigo Braulio Perez; entrevista tierna y dolorosa, porque le deja firmado un pagaré de algunos miles de reales que abonará en cuanto llegue al lugar. Se reviste no obstante de paciencia, porque tiene tratado el casamiento del chico con los padres de la hija del tío Bruno, antiguo arrendador de diezmos, y le han prometido un dote que compense, ya que no la hermosura de la novia, al menos su génio arisco con ribetes de incivil.

Así las cosas, llega el año en que Juanito ha de tomar el grado en la universidad. El padre lo espera con la misma ansia que la esposa de un militar la carta de su marido despues de un combate sangriento.

Otro nuevo año de desgracias. Juanito ha gastado en francachelas ó se ha jugado el dinero que su padre le ha enviado para el grado.

—Esto es inaguantable, le dice á su esposa al recibir la carta de su hijo. —Este chico acabará conmigo y con mis haciendas.

—¿Y qué hemos de hacer? le contesta ésta. —Tú no estás acostumbrado á gastos de esta especie, y es preciso contar que el chico es el primer estudiante de la familia.

—El primer demonio de la parentela, le replica en el colmo de la desesperacion.

Juanito toma por fin el grado; pero las largas y penosas vigiliass le ocasionan una enfermedad mas grave aun que las que ha padecido en los años anteriores.

Deja la capital, y en ella cierto compromiso con una mamá: llega al lugar, y á pesar de los juramentos hechos por su padre al verle en el estado en que le han puesto los estudios, le estrecha entre sus brazos, porque *viene al fin hecho un doctor*. Juanito, que desde este instante todos le llaman D. Juan, se presenta hecho un Adónis. Está pálido, ojeroso, gasta lente, calza guante ajustado, y cojea un poco porque le aprieta la bota. Sin embargo, no ha perdido sus hábitos naturales. Dá la mano á todos, habla á sus compañeros de tú, y ha adquirido en la capital una amabilidad que á todos deja prendados.

Vé á la futura y la encuentra huraña y desaliñada. No es extraño. Las modas de la ciudad no han penetrado en la morada del tío Bruno, y por eso la chica conserva el talle alto, el vestido corto y el peinado *sui generis*.

Este contraste pone de muy mal humor á D. Juan, y barrunta para deshacer este compromiso un viage á la corte.

—Si V., le dice á sus padres que se hacen lenguas de su hijo, han de completar los sacrificios, es preciso que yo esté en posicion de devolverlos. Quiero pretender un juzgado.

Despues de mil consejos, queda resuelto el viage á la corte.

Pero como D. Policarpo está ya escarmentado, es mas parco en enviar dinero.

Cuatro meses lleva D. Juan de permanencia en la corte, y lo único que ha conseguido, es poner en órden su espediente. Trascurren otros cuatro ó seis, y como las municiones escasean, el espediente se queda en el despacho. Es cuanto ha podido alcanzar.

Conocé en este tiempo una jóven elegante, se compromete, y como el futuro suegro le ha prometido un destino en hacienda, completa el cuadro; hace la última calaverada; tiene un final desastroso, como dice Víctor Hugo del capitan Febo; se casa.

En el interin que esto sucede cae el ministerio: el suegro que era empleado queda cesante, y como no hay paguitas, protesta su pobreza y le endosa á la muger ya que se ha casado.

Se resigna á retirarse al hogar doméstico, aunque desde el negocio del casamiento no está muy corriente con sus padres.

Se presenta en el lugar con su muger.... ¡Qué padre no se ablanda y perdona al ver una nuera en estado interesante!

Hechas las paces D. Juan abre su estudio, y aprovechando relaciones antiguas, sostiene *la pesada carga que sobre sus hombros lleva*.

Pero la venganza es muy sabrosa, y como el tío Bruno es alcalde, le carga á D. Policarpo en la contribucion de ogaño, y le apremia por ciertos atrasos en que entendian ambos consuegros.

Todo se arregla porque todo tiene fin.

Don Juan se establece en el pueblo, y si tiene hijos, promete no criar ninguno para ser el primer estudiante de la familia. — *Francisco Puig y Pascual.*

POESIAS.

FRAGMENTOS.

I.

LA MATERIA Y EL ESPIRITU.

Alzase una cabaña cuyo techo
Formado está con poca y débil paja;
Un hombre espira en su recinto estrecho:
Los trapos que le cubren y su lecho
Pronto serán su tumba y su mortaja.

La tempestad sacude el firmamento,
En su seno las nubes van chocando
Rasgadas por el hálito del viento;
La madre del que muere, con su acento
Quebranta el corazon..... ¡está llorando!

Sacerdote, ni médico, ni hermano
Asisten al que fina en su quebranto,
Y el moribundo al estender su mano
Toca la de una madre que da en vano....
¿Salud y vida?—No: solo da llanto.

El crepúsculo nace, muere el día,
Y el mundo no recobra paz ni calma,
Con la tormenta siguen todavía
El cuerpo de aquel hijo en la agonía,
En la agonía de su madre el alma.

II.

AGONIA DEL CUERPO.

Como el recinto oscuro de una tumba
Sin luz están los valles y los montes;
Al estridor del trueno que retumba,
Pintan los rayos ígneos horizontes.

El mar su espuma al cielo está arrojando,
La lluvia desmorona la cabaña,
Y el huracan sus gotas arrastrando
La árdida frente del que muere baña.
¡Pobre infeliz! escualido, abatido,
Cubre el cuerpo de harapos sin figura,
Con estertor trepida su latido,
Que desigual ó para, ó se apresura.

Su boca espuma sanguinosa arroja,
Hirsuto el pelo, la megilla hundida,
El sudor que su frente y sienes moja
Es postrer llanto de su pobre vida.

En su cuerpo tan frio cual la nieve
Contar se pueden los menores huesos;
Convulsivo temblor agita y mueve
Todos sus miembros rígidos y tiesos.

Cárdeno el lábio, pálido el semblante,
La vista que miraba distraída
Se fija un punto, siendo tal instante
Postrer mirada de su pobre vida.

Una inquietud mortal le está agitando,
Sus andrajos aparta despechado,
Y los rasga, y los tira, y va enseñando
Su cuerpo débil con el seno hinchado.

Finalmente con voz muy dolorida
Arroja un ¡ay! de grande intensidad,
Postrer gemido de su triste vida....
Y su alma se lanzó á la eternidad.

· · · · ·
¡Ay de mí! ¡eternidad! ¡Terrible nombre!

Tiempo que siempre aumenta: mas!... y mas!!

....Tiempo que nace cuando muere el hombre....

¿Y habrá alguna vez fin?—¡Nunca!... ¡jamás!...

Tiempo sin tiempos, fechas, ni guarismo;

Tiempo en que lo presente, y lo pasado,

Y lo futuro todo es uno mismo;

Tiempo que solo Dios habrá contado.

Tiempo sin años, sin dias y sin horas,

Ni tiene siglos, ni conoce tasa;

Tiempo sin sol, sin noches, sin auroras,

Que nunca se detiene, y nunca pasa.

III.

AGONIA DEL ALMA.

No resplandece una estrella,
Tinieblas y oscuridad
Rodean la madre aquella,
Que su destino querella

En completa soledad.
Está sola en tanto horror
Mientras lento el tiempo avanza,
Y ante el mar de su dolor

Ni aun destella engañador Y palpando esta mentira
El faro de la esperanza. ¡Sola!... sola en duelo tanto,
Horas que estaban distantes Triste otra vez se retira,
Llegando van cual las olas, Y otra vez gime y suspira,
Crecen momentos é instantes, Y otra vez comienza el llanto.
A lo que *es* sucede el *antes* Pero el dolor finalmente
¡Y ella sola! ¡siempre á solas! Al mismo dolor embota,
Cual mueven las sepulturas Y de lloro tan ardiente
Sus parcas y planideras, Los rayos del sol naciente
Cual de godas esculturas Brillan en la postrer gota.
Parpadean las figuras
Al fulgor de las hogueras: La tempestad es pasada,
Al serpear de cuando en cuando Solo un cadáver quedó
El rayo, su luz perdida Dentro una choza asolada,
Sobre el difunto arrojando, Y una madre desgraciada
Sus sombras está agitando Que pensar puede, hablar.... no.
Mintiendo que le da vida. ¿Cuál será su pensamiento?
Y *ella* engañada se alzaba, No es dado espresarlo aquí,
Su mano con alegría En vano pintar intento,
Del hijo al lábio acercaba, Yo vi del cuerpo el tormento;
Helada carne tocaba, Penas del alma no vi.
Mas su aliento no sentia. *M. de Castells.*

EPIGRAMA.

Calva pintan la ocasion,
Le dijo un calvo á su esposa,
Y ella replicó amorosa:
Por eso la busco yo.

BIOGRAFIA.

DON GERTRUINO GUERRA.

El mérito de los artistas distinguidos ha inspirado en todos tiempos una simpatía, que puede llamarse propiamente la mejor corona de su gloria, el timbre mas preciado que al genio se concede; y esa simpatía, nacida de las emociones mas puras, ha ido formándose con la admiracion y el sentimiento que produce todo lo bello y cuanto es digno de afectar nuestras sensaciones. Los actores nos comunican vivamente el aprecio de la virtud y de las acciones grandes, y con ellos sentimos siguiendo el vuelo de su ingenio y la inspirada fantasia del poeta; por eso hemos contado la simpatía entre los actores y el público, como emanada de las afecciones mas puras, porque no pueden dejar de serlo las que nacen del reconocimiento de

prendas no vulgares; y en tal concepto se hacen acreedores los artistas á las consideraciones mas elevadas y á ser tenidos como hombres que merecen la estimacion pública. En nuestro semanario daremos pues algunas biografías de actores de mérito, para que sean conocidos de los que nos honren con su lectura.

D. Ceferino Guerra, que actualmente dirige como primer actor la compañía de verso de esta capital, nació en la ciudad de Murcia en 26 de agosto del año 1820; hallándose proscrito su padre en aquella época por causas políticas, se encargó de la educacion de Guerra un tio suyo, que por el tiempo y con sacrificios costosos le hizo emprender y continuar la carrera de medicina y cirugía, que con gusto y aplicacion era estudiada por D. Ceferino: no obstante ello la satisfaccion del escolar no era completa; y su alma entusiasta de otras glorias, se elevaba á regiones muy distantes de aquellas, en que debiera estar para alcanzar por su consecuencia en el estudio un título de licenciado en medicina: no era la falta de aplicacion ni buenas dotes las que separaban á Guerra de su obligacion por entonces, una tendencia incontrastable le arrancaba de su deber como estudiante, y una circunstancia bastó para que su destino y su porvenir se fijasen en el ancho campo que la imaginacion presenta á los hombres que respiran por el deseo de la gloria. Estudiaba Guerra el cuarto año de su carrera, y habiendo oido representar al eminente actor D. Cárlos Latorre, se admiró de tal modo, que puso en olvido completamente sus atenciones de escolar, para entregarse con toda la vehemencia de su ánimo á cultivar el estudio de piezas dramáticas, que tendria la esperanza de egecutar por el tiempo; hé aquí una victoria de la ilusion sobre el cálculo. Una carrera científica-universitaria fatigaba á nuestro actual actor, una carrera artistica le halagaba y colocaba en su centro: su familia se negó por ello á suministrarle todo género de recursos, y nada era bastante á retraerle de su resolucion; consiguiente era pues que en Madrid tocase mil apuros para vivir, teniendo que apelar al medio de dar algunas lecciones de idioma francés que poseia para poder pasarlo: ¡cuántos casos semejantes se ven en las historias de muchos hombres eminentes, por la necia idea de querer dar á la juventud una carrera distinta de la que reclama la natural inspiracion!... D. Ceferino Guerra se contrató por fin en el teatro de Buenavista de la corte, haciendo su primera salida en *Los amantes de Teruel*, que preferia por haberlo visto egecutar á Latorre, que formaba el norte de su encanto y de su admiracion: el célebre artista pasó á ver á Guerra, y le animó para que se dedicase con entusiasmo y constancia al nuevo y difícil arte que por su voluntad se habia impuesto, haciéndole concebir lisongeras esperanzas que no fueron perdidas para el jóven que habia fijado su destino por el hecho de ver en el teatro al aplaudido actor con quien hablaba.

Ya estaba vencida la primera dificultad, y como era natural se contrató Guerra sucesivamente en los teatros de las hermosas capitales Sevilla, Cádiz y Valencia, en donde por la cultura y adelantamiento á que llegaron, merced á su digna posicion en nuestra España, reclama el público espectáculo de los teatros la presentacion en escena de actores de valia que correspondan al gusto delicado de tan ilustradas poblaciones: en todas ellas se ha captado nuestro actor la atencion por su mérito, conquistando algunas distinciones que le honran sobremanera, y alcanzó del pú-

blico sevillano una corona de plata esmaltada, por su feliz éxito en la representación de *Guzman el Bueno*, al propio tiempo que un nombramiento de socio de literatura, en prueba de aprecio merecido á los escritores de la capital de Andalucía; una corona de siempre vivas que la juventud gaditana le regaló, con inscripciones alegóricas á su talento artístico, y otra porcion de triunfos escénicos que fuera prolijo enumerar, por ser muchas las veces que ha sido llamado ante el público de los enunciados teatros para recibir aplausos merecidos: no debe menos á Valencia que á otros pueblos, por ser estimado de la generalidad que sabe premiarle el fruto de sus tareas, y Guerra se halla contento de permanecer en un pueblo que tan digno fue de la civilización en todos tiempos.

Cualquiera que hubiese visto al Sr. Guerra hace pocos años en el teatro de esta capital, no podía pensar que en tan corto tiempo llegase al punto en que se halla por sus adelantos; empero todo puede esperarse de la vocacion decidida y aplicacion constante de aquel que con voluntad inflexible marcha á la consecucion de un objeto deseado: nuestro actor ademas reúne la circunstancia de poseer una feliz memoria, que le hace salir de todos los apuros cuando quiere, y esto es ventajosisimo para su carrera. Cuando se pierde tiempo y la escena queda parada por falta de un actor á la cita, Guerra sabe muy bien entretener al público sin dejar la palabra para que no se note el vacío; y esto le ofrece medio para demostrar que improvisa oportunamente.

Las piezas dramáticas en que D. Ceferino Guerra obtiene el mayor lucimiento son muchas, pero pueden marcarse como sus favoritas *El protestante*, *Los amantes de Teruel*, *Un novio á pedir de boca*, *Bruno el tejedor*, *Luis Onceno* y *Don Francisco de Quevedo*. En todas ha conseguido completa aceptacion, pero á nuestro gusto cumple ademas verle representar escenas en que se pinte bajo diversos aspectos la lucha de las pasiones encontradas; ahí hallamos un mérito, y Guerra lo tiene sin disputa para tales papeles, porque cree verdad la ilusion de los versos que declama, con la valentía de un espíritu que le conduce á sentir y á inflamarse; muy dificultoso es esto, pero de gran efecto para los que ven como rasgos de mérito la naturalidad y la verdad escénica en el desempeño de una situacion dramática.

El Sr. Guerra tiene robusta entonacion y buen decir, es celoso por el buen éxito de las composiciones encomendadas á su direccion, y ansia siempre complacer al público con su buen comportamiento por norte; así es que rara puede llamarse la noche en que no salga á representar uno ú otro papel, en prueba de su bondad y aplicacion.

Tambien ha logrado que le escribiesen espresamente para que las egecutase, dos comedias de D. Vicente Boix y de D. Francisco Flores Arenas; mereciendo en otras ocasiones algunas poesias dedicadas á su talento artistico y que han obtenido publicacion en diversos periódicos.

Se deja trazada aunque ligeramente cual lo permite la escasa latitud de este semanario, la biografia de D. Ceferino Guerra: el público sabe por esperiencia que aquel es un buen actor, y por su trato y afabilidad se hace estimable á cuantos llegan á conocerle; alienta en él una esperanza digna de un corazon jóven como el suyo, y por ello puede aspirar á la gloria y recompensa á que se hace acreedor el hombre de talento. — *Francisco de Paula Gras.*

JACOBO BRUNELL.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

Una larga conversacion siguió á estas palabras, conversacion en la que se cruzaron dulces juramentos de amor.

La luna comenzó á brillar sobre un cielo puro y tachonado de estrellas. Victoria pensó que en la quinta echarian de menos su presencia y dió un paso para marcharse.

El coronel suspiró al ver que iba á separarse de su amada, cuya mano tenia entre las suyas.

—¿Os vais, Victoria? es muy pronto. Esperad un momento mas.

—No puedo, me habrán echado de menos.

—¡Victoria!

—Dejadme. ¿Pero qué teneis? ¿vos temblais?

—Sí, tiemblo porque temo que cuando sepais mi nombre vuestro amor se convierta en odio.

—¿Quién sois, pues, que tanto temeis el daros á conocer?

—Me llamo Jacobo Brunell.

—¿Vos sois Brunell? ¡Oh! ¡qué horror!

—Ese mismo nombre, señora, es pronunciado con frecuencia en París por cien mil bocas de distinto modo que vos lo pronunciáis ahora. Ese nombre, señora, es muy conocido en Francia. La Convencion me aprecia pero no me respeta, porque quien no respeta al hijo de cien reyes mal puede doblegarse ante un ciudadano como yo; pues bien, ese tribunal implacable y terrible quiere juzgar á vuestra madre: el motivo ya lo sabeis. Al mismo tiempo que los gendarmes llegaban á vuestra quinta vino uno de ellos á decirme el objeto de su venida. Entonces temblé por la condesa y por vos, porque conozco bien á la Convencion. Cogi inmediatamente una pluma y escribí una carta al sargento Brincourt para que se volviese á París sin la condesa; pero al mismo tiempo que alejaba de vuestra casa el peligro, contraía yo una obligacion, la de defender á la viuda del conde de Nerville. Para abogar por ella no tengo ningun titulo, ni soy pariente, ni puedo presentarme como amigo. La Convencion me creará traidor, y entonces mi cabeza peligrará y todos pereceriamos en la guillotina. Ya veis, Victoria, la situacion es apurada; no se puede salvar la vida sin grandes sacrificios. Sacrificad vuestras opiniones como yo; consentid en ser mi esposa esta misma noche y todo puede componerse: de otro modo somos perdidos.

—¡Vuestra esposa!

—Sí, mi esposa, así podré presentarme en París y decir á la Convencion: —Señores, la suerte de la viuda del conde de Nerville es la mia, porque soy marido de su hija. El tribunal recordará lo que el ciudadano Brunell ha trabajado por la causa del pueblo y nos absolverá á todos.

Victoria conocia lo apurado del negocio. La palabra guillotina la helaba de espanto, y la sangre toda se agolpaba en su corazon al recordar el ins-

trumento fatal en donde tantas nobles cabezas habian sido separadas de sus cuerpos.

Viendo Brunell la perplegidad de su amada, añadió:

—Pensad que el tiempo urge, y que dentro de tres dias debe el defensor de vuestra madre hallarse ante el tribunal.

—Tres dias es un término demasiado breve.

—¡Breve os parece cuando muchos mueren sin darles una hora para pensar en Dios!

—¡Oh! ¡qué horror!

—Vamos, Victoria, marchemos. Consentid en ser mi esposa. La aldea no dista un cuarto de hora y un sacerdote nos espera en su iglesia.

Victoria lanzó una mirada hácia la quinta que se elevaba entre los gigantescos árboles de la alameda y partió con su amante.

Durante el camino ambos guardaban un silencio respetuoso; cada uno iba entregado á las tristes reflexiones que les sugería la situación en que se hallaban. Jacobo pensaba en que la Convencion podia mirar su casamiento como una transaccion con los aristócratas, y veía amenazado el edificio de sus glorias y de su fama. Esto entristecía al fanático republicano. Victoria creía ver á su madre desesperada, y á todos sus parientes y amigos echarle en cara su degradacion.

Cuando llegaron á la puerta de la iglesia, ésta se abrió y penetraron en la santa morada, en donde la escasa luz de algunas lámparas alumbraba un respetable sacerdote que esperaba en el altar y dos testigos que estaban arrodillados ya.

Victoria se arrodilló tambien al lado de su amante. Este creyó que iba á caer desmayada, tan pálida y tan abatida estaba. Cada palabra que el sacerdote pronunciaba hacia temblar á la jóven aristócrata: por fin, cuando la ceremonia se hubo acabado, cuando el sacerdote les dijo que eran esposos, Victoria cayó desmayada en los brazos de su esposo el ciudadano Brunell.

TEATRO.

REVISTA CRÍTICA.

LA HERMOSA DE LOS CABELLOS DE ORO: *melodrama fantástico ó de magia, en diez cuadros.*

Analizar una comedia de magia á la cuarta ó quinta representacion, equivale casi á introducir el escalpelo en un cadáver cuando empieza á corromperse, ó á ir señalando con el dedo las pequeñas distribuciones de un castillo de naipes próximo á venir á tierra; la menor imprevision, el mas insignificante esceso de rigorismo, basta para que desaparezca la ilusion escénica, ó mas bien para que se trueque acaso en una invencible y marcada repugnancia hácia el espectáculo ó composicion analizada. Y sin embargo, estos cadáveres son los que hacen vivir á las empresas, y sobre estos castillos sin base se hacen fuertes las esperanzas realizadas: ¿cómo se explica semejante fenómeno? Un ingenio francés dijo de las óperas que no eran sino un concierto al que servia de pretesto un argumento dramá-

tico, y nosotros, siguiendo su feliz concepcion, no muy impugnable por desgracia, podemos oportunamente aplicarla á las comedias de mágia, con solo variar los términos de su arriesgada espresion; porque en efecto ¿qué es lo principal en tales composiciones, la pintura y la maquinaria ó la invencion y elocucion dramáticas? En esos espacios sin limites aparentes en donde no solo las clásicas unidades, sino hasta la verosimilitud misma se inmola en las aras de la perspectiva y de la mecánica teatral, comunmente no le resta al autor otra gloria que la que cabe á todo amante de las bellas artes al erigirles el carro de su triunfo. De aquí el que tan rara vez se consagre algun ingenio dramático aventajado á escribir comedias de mágia, porque es muy propio de la naturaleza humana querer mas bien ceñirse coronas que labrarlas para ornar las sienes de otro. Pero el público gusta de estas comedias, y se agolpa ansioso de gozar de tales espectáculos; mas el público los aplaude, los devora con ojos ávidos de sensaciones, porque un instinto secreto hácia todo lo sobrenatural y raro le arrastra, á pesar de la razon, á gozar en lo absurdo y fabuloso, con tal de que se le ofrezcan decorados con fascinadores panoramas.

Desgraciadamente en cuanto al punto de vista literario, es difícil señalar limites á un género de composicion que por su naturaleza los salva casi todos; mas ya que la verdad sea incompatible con estas producciones ¿por qué sacrificar además sin motivo plausible la verosimilitud, la consecuencia y el interés, almas de toda accion dramática? *La hermosa de los cabellos de oro* es el corolario práctico del predominio de la perspectiva. Como episodio de los libros de caballerias, heridos de muerte hace siglos por el inmortal Cervantes, apenas puede ostentar el mérito de la originalidad; como argumento dramático carece del interés, regularidad de plan, caracteres propios y situaciones bien manejadas, circunstancias requeribles en todo drama; y como composicion larga y monótona, ni aun puede hacerse gustar por el verdadero chiste decorado con las galas métricas de la poesia. Escusamos dar una reseña del fondo del pensamiento dramático que domina en la composicion, cuando desgraciadamente á beneficio de siete ú ocho representaciones ha llegado á popularizarse con esceso. Lo que sí nos cumple observar es, que la tal *mágia* en diez cuadros, sobre ser en su esencia un remedo de las anteriores comedias de este género, apenas ofrece sus grandes y difíciles trasformaciones, verdadero foco de encantos, donde cree el público existir el oculto poder atractivo de la entretenida mágia de nuestros dias.

El arreglo del drama á nuestra escena se resiente de los graves defectos del original, y de aquí el que todavía se representen ante un público culto ciertos incidentes insulsos, grotescamente visibles, que apestan por su pueril incipidez é impertinencia. Tal calificacion merecen, imparcialmente hablando, la escena entre Nini Galifron y el Principe deseado, las bufonadas de Cocolí, el grosero juguete del Gallo de Irlanda, la divertida audiencia que dá Febo XIV al *animal terrestre* (con perdon sea dicho del Sr. Guerra), y las escenas de mamá Solfataro y sus viejas camaristas. Pues ¿qué diremos de la incomprensible distincion entre rayos animados, *machos y hembras*, y otros rayos sin alma y sin fuego que se dejan encerrar dentro de un estuche cual si fuesen navajas de afeitar?

Por lo que hace al mecanismo de la traduccion, sino muy esmerada, es bastante correcta en general, pues á decir verdad, deseamos en las pro-

ducciones dramáticas mas armonía y elegancia en las frases y construccion de los períodos, que las que ofrecen algunos pasages de nuestra *Hermosa*. Principalmente hubiéramos querido oír espresiones de mejor gusto que algunas chocarrerías y de mal efecto, ya censuradas por la mas entendida parte del público realmente ilustrado.

La egecucion de los actores ni mereceria mencionarse á no ser por no dejar relegado en injusto olvido al héroe de la funcion, al Sr. del Rio. Efectivamente, si prescindimos de criticar ciertas maneras algo atrevidas que supo con oportunidad corregirse, su gracejo pantomímico puede asegurarse que ha logrado vencer la insignificancia de su papel.

Pero en cuanto al resto de la compañía ¿qué aplausos podia conquistar sin caracteres, sin situaciones, y sin mas que unos 20 versos perdidos entre el efecto dominante de una variada decoracion?

¡Las decoraciones! hé aqui el núcleo de toda la obra, la clave del gero-glífico, ó como si dijéramos, el quid de la dificultad. Verdaderamente sorprendentes confesamos no haber visto ninguna; en las pocas nuevas aprobamos una egecucion buena, pero nada mas. El pensamiento absurdamente colosal de hacer habitable el globo del Sol debia producirse á la vista en formas igualmente colosales, porque de lo contrario la idea sube mas alto que la pupila, y el espiritu vence con notable ventaja la raquítica ilusion de los sentidos. Reconocemos las grandes dificultades con que el pintor ha luchado en esta parte, y mas aun, que ha vencido algunas de ellas, pero sin embargo, Febo, el de la fulminante cabellera, segun los poetas, era un hombre mas feo y opaco que los animales terrestres, cediendo en punto á cabellos á la *Hermosa* que los llevaba siquiera de oro. En fin, no temiéramos incurrir en proligidad, hablando de una comedia de mágia (pecado que nunca nos perdonariamos) quizá añadiésemos con su esposicion de motivos, que ni el *soi dissant* cangrejo, ni el gigantazo Galifron, ni la serpiente del lago azul, ni los tres rayos sacados del *repuesto particular* de Febo, han causado la sorprendente ilusion que debia esperarse.

Las comparsas, eso sí, han sido numerosas, sus evoluciones bien dirigidas, los trages propios y de buen gusto, los bailarines aplaudidos aunque no impecables, los coros y el Sr. Aliena rebentando *di forte*; pero en cámbio los malditos cordeles siempre tan tangibles y materiales, mientras que la trasformacion de Cocolí en estatua ha venido á ser muchas noches una verdadera ilusion perdida.

Pero el Sr. D. Vicente Perez puede presentar títulos mas fundados á la gloria en su bello telon supletorio. La preciosa tela de brocado que sirve de cortina al risueño paisaje del Túria, y el colorido del horizonte que domina sus frondosas riberas merecen nuestra sincera aprobacion. En lo demás, desearíamos mas espacio y oportunidad para poder ir señalando razonadamente las bellezas y ligeros defectos que advertimos en la egecucion de un pensamiento, sino del todo original, muy estimable por lo patriótico.

A pesar de que á la hora en que escribimos, todavia sigue atrayendo la curiosidad pública la gran mágia de los diez cuadros, parece que como por via de indemnizacion se está disponiendo la representacion de *El hombre feliz*, drama de costumbres del Sr. D. Tomás Rodriguez Rubi, cuya preventiva reseña daríamos con gusto á nuestros lectores si no nos faltara espacio como nos sobra voluntad.